

MOTEL MALIBU

PABLO POVEDA



Martín se instala en un particular motel de carretera mientras huye de una situación incómoda con su novia, exactamente en el MOTEL MALIBU. Durante su estancia, suceden cosas muy extrañas que le plantean regresar cuanto antes. Junto a su turbia presencia, encontrará a Rufus, un recepcionista autista que agota su tiempo grabando al resto con una cámara de vídeo doméstica, y a Penélope, una pelirroja camarera impertinente que aparenta menos edad de la que posee y que lo seducirá retrasando su viaje de vuelta, un regreso que esconde muchos cabos sin atar. Los moteles de carretera son el refugio de todos aquellos que esconden algo en sus vidas, y Martín no es una excepción. Agresiones, sexo violento, simbolismo y personajes perturbados en un ambiente desolador que conducirá dos historias paralelas a un final particular.

PRIMERA PARTE

1

Las habitaciones de los moteles de carretera son el corazón de uno mismo. Austeras, rígidas y frágiles. Podrían estar decoradas de pinturas al óleo y muebles de diseño, mesas de IKEA y ediciones cuidadas de libros sobre la mesilla. Podría haber un Macintosh portátil de gama alta en el escritorio y algunas camisas Ralph Lauren dentro del armario corredizo. Sin embargo, seguirían siendo austeras, rígidas y frágiles. Si la mirada es el espejo del alma, una habitación de motel es el rincón más oscuro del corazón.

Nadie sabe de qué está hecho hasta que entra en una de ellas.

El tacto de la colcha de la cama es áspero y pica. Frente a mí, una ventana rectangular con una cortina corrida de licra roja. El tacto me transporta a ropa interior femenina y a sexo nocturno. El anuncio que encontré en Internet no hacía mención a materiales y tonalidades.

Percibo que, como en la cortina, el color que predomina en este estrecho habitáculo es el rojo. No me importa demasiado. Ni siquiera sé si me gusta. De niño mi madre preguntaba qué color prefería cuando le acompañaba a comprar ropa.

Nunca supe qué decir.

Ahora tampoco.

No odio el color rojo.

El rojo es un color cálido.

Huele a humedad y una cucaracha sale de una grieta.

La maleta está sin abrir junto a la cama. Es de cuero y rectangular y guarda emociones cosidas por una cremallera. Un escritorio minúsculo y carcomido roza sus patas con las de la cama. El colchón es duro. Siento el culo como si estuviera sobre una caja de cartón.

Me imagino a mí mismo sobre una caja que dice «Frágil».

Un cartel luminoso con las palabras Motel Malibu muestra intermitente letras de colores que se alternan. Recuerda a carteles de prostíbulos de carretera que inundan todas las carreteras costeras del mundo, al menos las del mundo que conozco. Motel y Malibu son dos palabras afrodisíacas que recuerdan a puticlub.

Observo al otro lado del cristal. Una salchicha gigante absorbe mi atención. Una Frankfurt metálica cubre el tejado del único bar de carretera que hay por aquí, una longaniza enorme que me engulle. En el aparcamiento, un par de furgonetas y unos tipos que fuman apoyados en la parte trasera. El cielo está despejado y se despide cambiando de tono mientras escucho algunos pasos que vienen del otro lado de la puerta.

Disfruto lo que veo.

Todo ocurre despacio.

La palabra lento es demasiado rápida para una definición exacta. El vello de mis brazos se eriza y por un instante quisiera quedarme para siempre. Morir aquí sentado, intacto.

Lanzo el teléfono sobre la cama al comprobar que no tengo señal. Nadie podrá llamarme. Es la primera vez que siento algo así.

Libre y solitario.

A veces pienso que las personas que me rodean no desean ser libres porque temen la soledad. No recuerdo la última vez que vi un teléfono apagado. Maldita sea. Es una adicción extraña que te obliga a pensar en ella en cuanto intentas matarla. Me gustaría saber qué se siente al esnifar cocaína, qué se siente cuando la has esnifado toda y no te queda y entonces ansias esnifar más.

Saco una Polaroid de la bolsa y pongo un carrete de película. Es el último. Me acomodo en el colchón, frente a la

ventana; capturo por el objetivo lo mismo que fotografiaba en mi retina minutos antes y disparo.

Mientras espero que los químicos actúen, pienso en la última vez que utilicé la cámara. Made in China, comprada en una página de artículos de segunda mano. Era joven y lo suficiente moderno para desperdiciar el dinero sin importarme demasiado. La última vez que funcionó, un desconocido nos fotografiaba a Lluvia y a mí en la playa. Recuerdo el olor a coco de la orilla.

Cuando observo el resultado me toco el pelo y percibo que los colores están desgastados como si alguien hubiese visto lo mismo que yo con un alto grado de miopía, es decir, como si yo mismo viera lo antes visto sin monturas.

Tendemos a imaginar moteles de carretera como lugares exóticos y entrañables en los que suceden historias interesantes mientras que llevamos vidas ordinarias de oficina. Bandas de atracadores reparten el botín en una habitación con jarrones de plástico, comerciales de concesionarios de segunda mano que se acuestan con fulanas para digerir la rutina del matrimonio; dos tipos como Beavis and Butthead viendo la televisión. Follar en este lugar siempre resultaría sucio. Me imagino follando con Natalie Portman y es sucio aunque platónico. Fotografiar lugares permite imaginar la historia que hubiese deseado. Puedo imaginar una noche con Natalie Portman sin que parezca vulgar y obsceno.

Fijándome en la decoración deduzco que llegar hasta aquí supone predisposición, anticipación a un acto y falta de respeto por el buen gusto y los diseños minimalistas. No concibo persona capaz de desplazarse hasta la nada sin que oculte algo perverso en su equipaje. No la concibo porque no conozco a mucha gente, tan solo una cantidad de nombres.

Los tipos moribundos vienen a lugares moribundos donde nadie pregunta por sus nombres y ellos tampoco lo hacen por los muebles.

No obstante, nada importa.

Todo está muerto.

Enciendo la televisión y no hay cadena que pueda sintonizar. Debería haber algún canal deportivo, informativo, porno. En televisión la palabra nunca, no existe, porque siempre hay porno. PORNO. Debo hablar con el recepcionista. El porno es el placebo de todo hombre angustiado, esté angustiado o no.

En el aparcamiento no hay ningún cuerpo flotando sobre una piscina enmohecida porque ni siquiera hay piscina o vida. Un fiambre tendría más actividad que este lugar de paso.

Ha pasado una hora y todo me parece aburrido. Siempre he soñado con terminar en algún lugar como este, de otra manera, ahogando mis días en whisky mientras termino mis memorias; siendo acuchillado por una puta; saliendo en portada de los diarios regionales.

Nunca de este modo.

Sin porno.

Abro uno de los bolsillos de la maleta. Recojo un pequeño cuaderno negro y me recuerdo lo cobarde que soy, que era, que he sido siempre. No existe otra razón por la que he llegado hasta aquí. Me pregunto si Lluvia habrá notado mi ausencia, si una nota en la nevera hubiese sido suficiente para decirlo todo de golpe; si llorará en la bañera borracha del vino de las celebraciones o ya se habrá cortado las venas.

Quisiera poder llamarla y describir lo que veo con todo detalle.

No puedo hacerlo. Por eso estoy aquí.

Me siento en el escritorio y empuño un lápiz que dice Motel Malibu. Es casi tan viejo como el cartel que hay fuera.

En un curso de motivación laboral que el departamento de recursos humanos de la empresa organizó en 2009, aprendí que, elaborar listas positivas y negativas, ayudaba a vencer nuestros temores. Plantear una situación, escribir

pros y contras a ambos lados. Sopesar. Sustituir el peso negativo por actividades que equilibraran la lista y recompensarnos como hacen en el zoo con las focas. En otro curso sobre grupos de trabajos que impartió una empresa norteamericana en 2011, aprendimos a respirar profundamente dos veces antes de emitir un juicio. Una carga de H₂O directa al cerebro. Suficiente para aplacar la negativa de nuestro interlocutor; romper con una espiral de conflicto que diese lugar a un mal entendimiento.

Jamás aumentaron mi sueldo.

Marco una línea de carboncillo que divide la página en dos partes y respiro profundamente. La gente suele encontrar su autoestima cuando menos la necesita, y no soy una excepción.

El maldito lápiz parece de plomo cuando trato de ser honesto. Me resulta vergonzoso.

Necesito beber algo.

Comienzo una lista de razones positivas en mi situación y alguien golpea la puerta como si se lanzase contra ella.

Dejo el lápiz sobre el escritorio y giro la cabeza.

2

Al abrir la puerta, un gato blanco araña la madera. Apesta a podrido desde lejos. Es tan asqueroso que retrocedo varios pasos. Parece que se haya bañado en mierda. Cierro con cuidado y el animal busca entrar y lo aparto de una patada. Sin embargo, la peste continúa dentro.

Abro la ventana de par en par y busco el paquete de Marlboro Light en mi bolsillo para ahumar y camuflar el ambiente. Termino el cigarrillo en la ventana y cierro el cuaderno.

Salgo y me aseguro que el felino ya no esté. Vislumbro que la fachada de cada vivienda es de un color. Me hospedo entre azul y amarillo. El azul me gusta. Es algo que sé. Resulta curioso que haya obviado el color de mi habitación al entrar.

Bajo las escaleras y en la recepción está el mismo tipo que me ha dado las llaves horas antes. Padece alopecia, aparenta vejez, es famélico y su nariz aguanta unos anteojos del siglo pasado. Me pregunto cuántos días llevará sin comer algo fresco. Lleva una camisa de color carne amarillenta que recuerda a ropa interior de anciana. Sobre el bolsillo de su camisa hay un cartel sujeto con una pinza que dice «Rufus».

Su nombre, supongo.

Rufus suena a nombre de perro.

El hombre observa sentado una televisión conectada a una cámara doméstica con vídeos caseros en los que diferentes desconocidos hablan en una montaña y después se corta y aparece una pareja distinta celebrando un cumpleaños en un Pizza Hut, y entonces se vuelve a producir otro corte y ahora un tipo grasiento y borracho coloca un aro de cebolla entre los dedos rechonchos de una mano que asu-

mo que es de su mujer. El vídeo no tiene audio pero es morboso y adictivo.

Me pregunto quién es toda esa gente.

Una cabeza de ciervo disecada enseña la mandíbula y observa desde arriba. Es tétrico y tiene los ojos hinchados. Debió ser cortada cuando aún estaba vivo.

Antes de convertirme en parte de la cinta, fuerzo un pequeño graznido.

El tipo se gira y me observa.

Desprende un hedor agrio que huelo desde lejos.

—La televisión no funciona. Me gustaría ver algo, lo que fuese —digo.

Rufus mira por encima de sus gafas y vuelve a su posición.

Se sujeta una muñeca con la otra mano. Desconozco si me ha oído.

—La televisión —señalo a la pantalla, pero no contesta.

Me doy por vencido y camino hasta la salida y Rufus continúa viendo una y otra vez vídeos caseros sin sonido. Mi coche es el único que hay en todo el aparcamiento junto a una Volkswagen amarilla de *hippies* con una tabla de surf de cartón encima. Un Talbot Horizon de color azul marino aparcado en batería junto a una fuente fuera de servicio y varios contenedores de basura. El aparcamiento es un pequeño espacio de asfalto y tierra que bordea los alrededores del Motel Malibu. Lejos queda la salida que conecta el viejo camino con la carretera. Encontrar este lugar no es una labor de aficionados. Por un instante, me enorgullece formar parte de un reducido grupo de villanos que descubren tesoros que pasan desapercibidos por las noticias.

«Guarda el secreto», me digo con una palmada imaginaria en la espalda.

Después compruebo que la carretera no está tan lejos del motel para pasar inadvertido y busco desesperadamente sentirme bien por algo.

En un pilar del porche hay un viejo cartel descolorido que dice «Motel Malibu: tranquilidad y confort» y debajo aparece una rubia con pechos siliconados en una playa de palmeras y una tabla de surf. Frunzo el ceño, no encuentro ninguna palmera. Descubro que alrededor solo hay monte y más monte. El motel separa la autovía de la carretera.

Bajo el atardecer, centro toda mi atención en la salchicha metálica que se enciende y apaga frente a mí. Ahora resulta enorme, como un meteorito cárnico. Saco un cigarrillo e intento encenderlo con un fósforo cuando noto la presencia de algo tras mi espalda.

—Joder. Eres tú —digo asustado al ver a Rufus inmóvil y mirando por la pantalla digital de su cámara de vídeo. Rufus no emite gesto alguno y clava la retina en la pequeña cubierta de LCD.

El piloto parpadea en rojo y supongo que está grabando. Hago el idiota moviendo las manos y sacando las gafas de sol porque pienso que Rufus es alguien que pasa mucho tiempo solo y compagina grabar a desconocidos que pasan por aquí con algún tipo de retraso mental. Después de un rato, me agoto y comienzo a incomodarme. Rufus continúa en la misma posición, sin abrir la boca. Mi compasión se convierte en temor y en ganas de solicitar ayuda.

—Está bien, basta. Deja de grabar —ordeno.

Rufus me mira a los ojos y vuelve a la pantalla. Me acerco a él y le ordeno de nuevo que se detenga. Cuando intento agarrar la cámara para arrebatársela y acabar con todo, una mano pesada me agarra la muñeca y la otra detiene la grabación. Un sudor frío recorre el cuerpo como una descarga de alto voltaje que me frena, un poderoso campo de energía que procede de un cuerpo débil y consumido como el suyo.

Sin añadir nada más, retrocedo nervioso y Rufus da media vuelta hasta desaparecer entre las sombras de la recepción. Amedrentado, saco otro Marlboro Light y lo enciendo exaltado rompiendo dos cerillas.

No olvidaré cerrar con llave cuando me acueste.

3

Soy víctima de mi propio destino, un lunático que persigue la infelicidad cuando todo se mantiene en equilibrio. A veces, creo que me gusta ser infeliz. Siento que soy incapaz de vivir con alguien a quien amo, a quien correspondo. El amor son estímulos químicos y pasajeros que pruebas una vez y no experimentas más. El amor es morir de sobredosis la primera vez que pruebas la heroína. Una droga de adictos y sobrios. Blancos y negros. Una adicción que maneja y deja ser manejada. Sin embargo, no me considero el único, la única persona que oculte el fetichismo emocional; la caza de emociones ajenas como si fueran cromos antiguos, pequeños trozos de un cupón premiado o cualquier mierda coleccionable: cuantos menos quedan para completar el mosaico, más dispuesto se está a arriesgar, a perder, a llegar al fin, a regresar de donde venimos, la soledad. Utilizar a otros para extraer el néctar de sus almas y saciar nuestra pulpa venenosa. Continuar con la búsqueda infinita de algo que no existe. Unas veces se gana, otras no. En algunas ocasiones soy yo quien posee menos. Esta vez es Lluvia, poseo su alma, su amor, y ahora está moribunda a causa del veneno.

Al abrir la puerta siento un estupor causado por el olor a fritanga que viene de la cocina. La presión arterial aumenta, el aire se vuelve denso y todo posee un tacto pegajoso que huele a grasa capilar. Junto a la barra hay dos policías tomando café y pan tostado y los dos tipos que fumaban horas antes en los exteriores, ahora beben botellines de cerveza al final de la barra. Son camioneros. Tienen ademanes, gorras sudadas de marca blanca y una indiferencia al olor del local. Apuesto a que tienen parte de culpa. De la cocina aparece una chica con delantal. Es joven, fina y pelirroja.

Apuesto a que no tiene más de 25 años y me imagino tocando su piel como si acariciara una figura de porcelana y sus bajos, la pulpa de un melón. La palidez de su rostro se acrecienta con la tristeza de sus labios.

Me gustaría preguntarle si ha pensado en quitarse la vida.

O tal vez ya lo haya conseguido.

Entonces deja el delantal, recoge un mechón con una horquilla, sale a la calle con un cigarro en la boca y una ráfaga de aire fresco nos golpea la cara recordando que pronto freirán croquetas en nuestros pulmones.

—Has oído hablar de James Franco —dice un policía a otro.

Luce un bigote fino y recuerda a un miembro de Village People. La cabeza de su compañero parece un cepillo de dientes amarillento y sin cerdas.

—Sí. El actor.

—No. No hablo del actor. Odio a ese tío. No tiene ni una película que valga la pena —dice y peina su labio superior.

—Estoy de acuerdo.

Ambos se quedan en silencio durante unos segundos mirando a un calendario erótico y falso que cuelga de la pared donde aparece una chica desnuda con pechos desorbitados y la cara recortada de Paulina Rubio.

—A dónde quieres llegar —dice el policía con cabeza de cepillo.

El agente lo mira sorprendido.

—Te has fijado en la muchacha —dice.

—Sí.

—Cuentan que James Franco se hospedó aquí cuando vino a España, y tuvo un lío con la dueña del motel.

—El actor, dices —interrumpe el agente con cabeza de cepillo.

—No. Un negro judío con el nombre de James Franco —exclama—, joder, claro. Pareces imbécil.

Cabeza de cepillo mira al techo y acaricia su mentón. Devuelve la mirada a su compañero con bigote y le regala una sonrisa cómplice.

—¡Ja! De verdad —exclama sorprendido.

El otro asiente moviendo la cabeza como esos perros de juguete que van en la parte trasera de los coches.

—He pensado en sacar tajada. Tengo un contacto en televisión que puede meterme en uno de esos programas de chismes. Dejaré esto de una vez —dice orgulloso.

La alegría del agente con la cabeza afeitada se desvanece al comprobar que nunca dejará su oficio y regresa triste y gris depositando su atención en la foto erótica de Paulina Rubio.

Giro la cabeza y compruebo tras el cristal que la chica sigue ahí fuera fumando junto a una carretera tan desamparada como ella. Tras escuchar la conversación, pienso en salir a comprobar si eso es cierto o tan solo esperar a que regrese y me sirva una bebida y decirle hola. No tengo una imagen vívida de James Franco en mi cabeza pero cuestiono que terminara sus vacaciones millonarias en un lugar tan zafio y mierdoso, bebiendo entre tipos amilanados que huyen de sus obligaciones.

Camino hasta la puerta y abandono el bar. Aquí el atardecer es lento como las conversaciones, los cigarrillos o la muerte, aunque esto último no lo he experimentado. Desearía que así no fuera. Me repugna cuando algún viejo aparece en la pantalla meneándose como un cadáver.

Miro a la carretera y solo veo un campo infinito que se une con media circunferencia solar que poco a poco mengua hasta dejar de alumbrarnos. Me gustaría fotografiar lo presente. Siento que los atardeceres son más anaranjados en las fotografías que en mi realidad. Una bonita postal frente a mí con su cuerpo dándome la espalda y las finas piernas que salen de una estrecha falda, arropadas por el fuego. Pestañeo seguido para que conos y bastones oculares realicen instantáneas en la retina, y así guardar un boni-